

CRÓNICA SEMANAL.

PERIÓDICO POLÍTICO, INDUSTRIAL Y LITERARIO.

Deseando los redactores de la *Crónica Semanal* dar á este periódico todo el interes de que es susceptible, y no siéndoles posible en el momento introducir en él ciertas mejoras que meditaban, y para cuya realizacion se ofrecen obstáculos que solo al tiempo es dado vencer, han determinado suspender por ahora su publicacion, sin renunciar por esto á la esperanza de hacerla revivir con otro nombre y bajo otra forma, cuando desaparezcan ciertas dificultades, muy propias de toda empresa naciente, que ahora si no se oponen del todo á su pensamiento, le imposibilitan algun tanto, haciendo que no tenga todo el desarrollo y extension que al establecer este periódico se propusieron. Por esta razon, cumplido ya el compromiso que contrajeron con los señores suscritores de las provincias que les favorecieron con su abono desde el primer número que vió la luz en 17 de marzo, aprovechan la oportunidad de estar ya terminado el primer trimestre para cesar en sus tareas. Y como estas quedarian en cierto modo incompletas si no se publicase por entero la interesante novela española con que han procurado amenizar las columnas de la *Crónica*, han creído complacer á los Sres. suscritores dedicando exclusivamente á su conclusion este número. Sin embargo de que con el anterior estaba ya cumplida la suscripcion mensual.

T E R E S A.

Novela Española.

(Conclusion.)

—Sí, me acuerdo, exclamó Teresa estremeciéndose al oír su nombre. Paco, él es quien me ha quitado el honor y entregado mi alma á la condenacion eterna: él quien me ha arrastrado al fondo del abismo de vergüenza y del pecado en que debo morir.... Y en tanto que yo sufro tan horribles tormentos como despedazan mi corazon, D. Alonso es feliz, ama, es correspondido.... Paco, ¿entiendes lo que quiero y lo que espero de tí?

Paco hizo con la cabeza un ademán afirmativo.

—Grande será el peligro, continuó Teresa; pero una mano segura, resuelta y prudente..... en fin un hombre siempre es dueño de la vida de otro. Yo te daré una recompensa que exceda á cuanto puedas esperar, te haré rico, noble si lo quieres..... Sí, continuó con energía viendo que Paco la miraba sorprendido y con cierto aire de duda: yo puedo hacer noble al que prive de la vida á D. Alonso de Guzman.

—Señora, buscar á un hombre, encontrarle solo y herirle por la espalda, respondió Paco con calma, es venganza fácil, pero de corta duracion. Yo conozco á un enemigo de D. Alonso de Guzman que no ha querido vengarse de esa manera. Hay un medio quizá mas terrible, mas lento, pero mas seguro.

—¿Qué dices? preguntó doña Teresa.

Entonces el mendigo sacó los papeles que llevaba guardados en el pecho y los puso en manos de la dama.

— ¿Qué es esto? dijo Teresa admirada: papeles dirigidos á D. Gaspar Alonso Perez de Guzman, marques, conde, y señor de Sanlucar de Barrameda, gentil hombre de cámara de S. M. católica..... ¿Quién te los ha dado?....

— Esos papeles estaban en lo último de la alforja de un franciscano que venia de Lisboa. Acaso contengan pruebas de que D. Alonso es un traidor, un rebelde.

Teresa rompió con apresuracion la cubierta, y pasó ligeramente la vista por las cartas que estaban escritas en cifra.

— ¡ Ah! exclamó consternada: ¿ y quién podrá leer esto?

— Yo no conozco siquiera una letra del abecedario, respondió Paco con sencillez.

— No importa, déjame esos papeles, que mañana yo sabré lo que contienen, dijo Teresa despues de haber reflexionado un instante, y levantándose en seguida, sacó de un escritorio una bolsa de terciopelo llena de oro y la vació en el sombrero del mendigo.

— ¡ Oh! oh! prorumpió este deslumbrado, esta es una limosna grandísima, jamas he recibido mas que un doblon de oro, pero tanto como ahora, nunca.

— Quiero que seas rico, dijo Teresa tristemente; quiero que vuelvas á nuestra ciudad de Valencia para que pases tranquilamente la vida sin ocuparte en nada.

— Así es como he vivido siempre, observó con ingenuidad.

— Sí, pero en adelante no tendrás necesidad de presentar tu mano á los que pasen, y á tu vez podrás socorrer á los pobres. Paco, es preciso hacer buenas obras en este mundo para redimir nuestros graves pecados.

— Tengo tranquila mi conciencia, dijo él cerrando los ojos y poniendo su mano en el pecho.

Teresa habia vuelto á quedar sumergida en sus reflexiones, y con mano convulsiva apretaba los papeles que tenia esparcidos sobre sus rodillas.

— ¡ Dios mio! exclamó despues de exhalar un comprimido suspiro: ¿cuánto sufro!.... Vete, mi buen Paco, y no me olvides en tus oraciones.

A la media noche estaba Teresa á solas con su régio amante. A la tristeza en que habitualmente se la veía sumergida habia sucedido una cierta

alegria interior que se descubria en el vivo encarnado de sus mejillas. Felipe IV estaba enteramente subyugado por la rara beldad de Teresa, y aun mas quizá por el extraordinario talento de que estaba adornada. Habia en ella un misterio que él no adivinaba y que aguijoneaba poderosamente su amor, contribuyendo su misma melancolía á aumentar sus atractivos; y cuando la veía triste, pensativa, indiferente á cuanto la rodeaba, ansiaba por penetrar los secretos de un corazon que no habia sentido latir bajo su mano. Estaba Teresa sentada al lado del rey con negligencia y arrimada á un velador: la luz de las bugías, oculta bajo de una pantalla de gasa, despedia un suave reflejo sobre su cabeza inclinada hácia el hombro.

— ¿ En qué estais pensando, Teresa mia? la preguntó el rey pasando la mano por sus negros cabellos.

— Señor, le respondió fijando la vista en el velador: pensaba en esos papeles que un acaso ha traído á mis manos, y desearia saber lo que contienen.

— ¿ Qué es eso? dijo el rey examinándolos con indiferencia. ¡ Ola! correspondencia en cifra? cosa á la verdad bien extraña. ¿Quién os ha entregado estas cartas?

— Un pobre peregrino á quien he socorrido con una limosna. ¿Podrá V. M leerlas?

— No, por vida mia, respondió el rey cada vez mas admirado; pero no falta quien sepa descifrar esta clase de escritura.

— Pues bien, dijo Teresa con viveza: yo quisiera que me explicasen su contenido; ¿es esto imposible, señor?

— Nada hay imposible cuando se trata de complaceros, respondió el rey sonriéndose. Os enviaré si es preciso á mis secretarios, mis consejeros de Estado, y aun hasta el conde-duque ni primer ministro.

— No os chanceeis, señor. ¿Quién sabe si en esos papeles se encierra la prueba de alguna maquinacion?....

— ¿ Con que tambien os entrometéis en los asuntos de Estado? contestó el rey siempre en tono festivo. ¡ Cuidado que esto suele acarrear disgustos!.... Pero voy á mandar llamar al conde-duque para que venga á complaceros.

— Señor, haced lo que os ruego, insistió Teresa entregándole los papeles.

—Hágase como decís, hermosa Teresa, pues por fortuna puedo complaceros en este instante. Pizarro sabe descifrar estos enigmas, y voy á darle órden para que inmediatamente los traduzca en un lenguaje claro y legible.

Era Pizarro uno de los gentiles hombres de la comitiva de Felipe IV que acompañaban al Rey en sus salidas nocturnas, y cuyo secreto se guardaba con tanta fidelidad, que nadie en palacio fuera de los empleados en la cámara del Rey lo sabía. Marchaban armados en derredor del monarca, y guardaban la casa en donde pasaba muchas horas de la noche. Estaba Pizarro jugando con sus compañeros á los dados en la antesala, á tiempo que una dueña le comunicó la órden del monarca. Levantóse prontamente, y llegando á una sala inmediata á la habitación de Teresa, cuyos límites á otro que al Rey no era concedido traspasar, encontró sobre una mesa los papeles con el correspondiente recado de escribir. Pizarro comenzó su tarea, y á medida que iba imponiéndose en el contenido de aquellas misteriosas combinaciones, lo que no le fué muy difícil, se advertía en su rostro una asombro y una curiosidad que hubieran llenado de terror á cualquiera que le hubiese visto. Al cabo de una hora que empleó en tan difícil tarea, entregó á la dueña los papeles, encargándola con el mayor encarecimiento no se detuviera un instante en llevar al Rey los papeles, y que le advirtiese quedaba allí aguardando sus órdenes.

Felipe IV recibió con indiferencia los papeles que le entregó la dueña de rodillas, y los puso en manos de Teresa diciendo: Ved lo que contienen, linda curiosa.

Teresa tomó el escrito de Pizarro y le leyó muy despacio. A medida que iba enterándose de su contenido su rostro se cubría de una palidez; una sombría llama aclaraba sus largas pestañas sintiéndose los latidos que su corazón daba en la mano que tenia puesta en su pecho como para contener su violenta emoción. Así que hubo concluido la lectura, dejó caer el papel sobre las rodillas exclamando: Señor, no es á mí, sino á V. M. á quien toca leer esto.

—Pues ¿qué es eso? dijo el Rey sumamente inquieto y sorprendido

de verla tan turbada, reuniendo al mismo tiempo con enojo los esparcidos papeles que tenia delante. Pero no bien hubo fijado la vista en las primeras líneas, cuando cambió de color, y no pudo contener su estremecimiento. Siguió leyendo, y concluida la lectura se levantó precipitadamente de su asiento, quedando Teresa atemorizada al ver la cólera que aparecía en el rostro de su amante.

—¿Con que por todas partes he de encontrar ingratos, rebeldes y enemigos? exclamó con dolor. He aquí los frutos que ha producido el ejemplo del duque de Braganza. Los catalanes sublevados han llamado al extranjero en su auxilio, y ayudado á los franceses á pasar el Pirineo: ahora la Andalucía está próxima á declararse en rebelion, queriendo el duque de Medina-Sidonia hacer de ella un reino independiente. ¿Estará por ventura decretado que haya tantos soberanos en la península cuantas son sus provincias?... ¿Habrán reunido en vano las poderosas manos de Fernando y de Isabel tantos estados bajo un solo cetro? ¿Estará próxima á desplomarse la monarquía española?... No, no: yo ahogaré en su cuna esta gran rebelion, moriré como he nacido Rey de toda la España, y no Rey de Castilla como Enrique el impotente.... Teresa, prosiguió mas sereno acercándose á ella y presentándole la mano que ella besó respetuosamente: el servicio que acabais de prestar al Estado no tiene precio. Estas cartas encierran las pruebas de una conspiracion próxima á estallar.... El duque de Medina-Sidonia y su hijo la han tramado.... Mis galeones, que debian ser apresados á su llegada á España, debian contribuir á los gastos de la guerra.... Cadíz debia ser entregado á los portugueses, y en el mismo dia toda la Andalucía proclamaría á su nuevo Rey.... Esta carta descubre toda la trama. Mas decidme, ¿cómo, ó por qué casualidad ha venido á vuestras manos?

Teresa refirió al Rey como un pobre honrado á quien habia socorrido con una limosna, y que venia en peregrinacion del santuario de Guadalupe la habia entregado los papeles diciendo que los habia traído un franciscano.

—No será dificultoso averiguar to-

dos esos hechos; mas lo que conviene por el pronto es asegurarse de los culpables. Esta misma noche quedarán presos, y por grande que su elevacion sea, juro que allí ha de alcanzarles mi justicia.... Pasado mañana debía celebrar D. Alonso de Guzman sus bodas.... y ya descubro por qué mostraba tanta impaciencia por partir.... Contaba con ir á tomar posesion de su reino... pero por el Dios que ha de juzgarme, que ha de encontrar la corona sobre el cadalso,

— He llegado á tiempo á las fiestas de su casamiento, dijo Teresa en su interior: tambien tendrá mi regalo de boda.

CAPÍTULO VIII Y ÚLTIMO.

No se hablaba de otra cosa en Madrid al dia siguiente del suceso que acabamos de referir, que de la prision del heredero del duque de Medina-Sidonia. Como su alta clase le ponía fuera de la jurisdiccion ordinaria, porque un Grande de España no podia ser arrestado sino de orden del rey y por crímenes de Lesa Magestad, todos estaban persuadidos de que se habia descubierto alguna conspiracion que comprometiese la seguridad del Estado. Los amigos de la familia de Guzman estaban consternados, aguardándose un terrible ejemplar de la justicia del soberano.

El duque de Osuna se presentó en palacio de orden del rey, y al salir de la audiencia secreta que tuvo con el monarca, declaró públicamente que el matrimonio concertado entre don Alonso de Guzman y su hija estaba deshecho. El Rey, despues de desposeer de su gobierno al duque de Medina-Sidonia, cuya desgracia en breve se hizo pública por el reino, decretó la confiscacion de sus bienes, y por ello la ciudad de Sanlucar de Barrameda, y otras villas y lugares en donde esta poderosa casa ejercia una autoridad soberana quedaron agregadas á la corona, viéndose el mas poderoso y altivo señor del reino en la cruel alternativa de refugiarse á Portugal y concluir allí su vida como un proscrito, ó pasar á la corte á humillarse y solicitar el perdón de su hijo del monarca á quien habia vendido. D. Alonso estaba estrechamente guardado, sin que penetrase en su prision otra persona que su confesor. Cualquiera que fuese su

crimen, solo el Consejo de Castilla podia juzgarle, y todos esperaban con ansia el fallo.

Los dos mendigos que por tan raro acaso habian descubierto aquella trama urdida por los enemigos del Estado, obtuvieron una crecida recompensa. A haber querido hubieran representado algun papel honorífico en el mundo; mas no acostumbrados á los honores, se encontraban muy embarazados con su nueva fortuna. Iban diariamente á casa de doña Teresa, quien aguardaba con impaciencia el desenlace de un drama en el que habia representado un papel oculto, pues temia que la influencia del conde-duque, deudo muy cercano de los Guzmanes salvase la vida á D. Alonso.

Un dia recibieron los dos pordioseros una nueva inesperada. Paco tuvo orden de presentarse al rey despues de la misa, y no pudo volver á su posada hasta pasado medio dia.

— El rey me ha hablado, exclamó abriendo estrepitosamente la puerta de la estancia donde le aguardaba su compañero.

— Cuéntame lo que te ha pasado, le dijo Tobalillo con calma: Estás mas vanidoso que un Grande.

— He tenido que aguardar siete horas largas, respondió Paco despojándose con priesa de la ropilla de paño negro fino, la golilla almidonada y los zapatos con rosetas. El gentil-hombre que me guió á palacio, me dejó en un gran salon en donde hay tantas pinturas como en la iglesia de los Desamparados; pero estos grandes cuadros no representan vidas de santos ni los milagros de nuestro Señor á mi entender, y el diablo debe de haber hecho buena cosecha de todo lo que aquellos cuadros representan. Las pecadoras que estan pintadas en ellos me han parecido de perlas. Vaya, Tobalillo, no has visto cosa igual en tu vida, y el mismo S. Antonio Abad se condenaria en viéndolas.... No estaba yo solo en la sala: varios caballeros se paseaban con la cabeza erguida y en ademan arrogante á lo largo de la sala con su espada ceñida al lado, y ya puedes conocer que no entré en conversacion con ellos manteniéndome siempre cerca de la puerta; Dios me lo perdone, pero dos ó tres veces estuve tentado de alargar mi sombrero y pedirles una limosna.

— Esa es la fuerza de la costumbre, interrumpió Tobalillo.

— Por fin, vino el gentil-hombre, prosiguió Paco, y me hizo atravesar una larga hilera de salas hasta llegar á un gran gabinete en donde estaba sentado un hombre de baja estatura, pálido, vestido de negro, y que al parecer no se cuidaba mucho de mí. No llevaba ninguna insignia, y su ropilla era cerrada como la mia, de modo que nadie hubiera dicho al verle en aquel traje que era el rey: yo por lo menos no lo supe hasta que dijo el gentil-hombre: señor, aquí está la persona que V. M. ha mandado venir. Entonces me postré á sus pies humildemente, y aguardé á que me bablase. Creí que diría algo de los papeles que encontraste en las alforjas del franciscano, pero nada de esto. Me preguntó si habia conocido á doña Teresa en otra parte que en Madrid, y puedes figurarte mi apuro cuando vi que era preciso decir al rey una mentira; pues no podia declararse la verdad á medias, habia que decir todo ó nada....

— ¡Desgraciado! le interrumpió Tobalillo: ¿lo has declarado todo?

— No. Dije que habia unos días que por primera vez recibí limosna de mano de doña Teresa. Entonces el rey se arrellanó en su sitial con muestras de disgusto, y haciéndome señal con la mano, dijo: Está bien; vete.

— En efecto, eres muy dichoso, pues el rey te ha hablado, le dijo Tobalillo en tono de burla.

— Al salir noté que cuantos encontraba al paso me saludaban, porque ya era notorio que yo salia de la cámara del rey.

Debieras haber dado las gracias á S. M. por los beneficios que nos ha hecho.

— No me dió tiempo para ello. Vaya, Tobalillo, ¿qué dices de nuestra fortuna? Somos ahora ricos; no tenemos ya necesidad de resfriarnos con la mano siempre tendida en la puerta de la iglesia de nuestra Señora de los Desamparados; tenemos una renta de seis mil reales impuesta sobre las salinas de Sanlúcar de Barrameda: ¿deberemos gastar ese dinero? Esto no es posible.

— ¿Y por qué no? Viviremos con comodidad y bien vestidos....

— Cállate, interrumpió Paco. Entonces nadie querrá socorrernos.

— Ya yo veo que volveremos otra vez á la puerta de los Desamparados, dijo Tobalillo: y á todo correr tan bien se vive allí como en otra parte.

El invierno se calienta uno los días de sol, y en el verano se toma el fresco en el pórtico de la iglesia con tal que corra un poco el viento. ¿No es esto lo que nos conviene? Con ese dinero fundaremos una misa perpétua para descanso de nuestra alma.

— Sí, dijo con mucha sencillez Paco; vale mas no gozar de él hasta despues de nuestra muerte, y acabándose de despojar del vestido que le habia regalado doña Teresa para que compareciese delante del rey, tomó sus harapos, y continuó con aire risueño: Ya estoy dispuesto á salir cuando quieras.

Salieron en efecto á pasear por las cercanías de la calle de Atocha, hasta que fuese hora de ir en casa de doña Teresa.

Habia en el extremo de aquel cuartel una calle estrecha y húmeda, en la cual estaba situado un edificio llamado la cárcel de la Corona, en donde por lo regular no se custodiaban otros presos que los sacerdotes, de cuyas causas no queria conocer el Sto. Oficio, y que debian ser juzgados por los otros tribunales eclesiásticos. En esta cárcel, pues, se hallaba don Alonso, alegándose por motivo de tal excepcion el que en ninguna otra habia calabozos tan profundos y seguros.

Estaban nuestros mendigos contemplando desde lejos la puerta del lúgubre edifidio, cuando vieron entrar en él una procesion de capuchinos con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, pasando por los dedos devotamente su rosario de quince dieces. Al ver esta procesion Rosales y su compañero se hallaron acometidos de un mismo pensamiento.

— Ve allí los reverendos religiosos que ayndan á bien morir á los reos, dijo Tobalillo.

— Sin duda será mañana, respondió Paco con un ademán expresivo.

Y sin mas detenerse marcharon á la casa del Prado á donde doña Teresa les aguardaba.

— El fallo está pronunciado, dijo esta al verlos, y mañana subirá don Alonso al cadalso para morir por traidor á manos del verdugo. Pero no creo haber satisfecho completamente mi venganza si sale de este mundo sin saber que soy yo la que le ha enviado al suplicio, y así quiero ir á decírselo.

Los dos mendigos se santiguaron asombrados.

— ¡Jesus María! prorumpió Tobalillo. ¿Y cómo podreis verle?

— Tengo una orden del rey con la cual se me abrirán todas las puertas de la prision.

— Señora, no podreis soportar esa vista; os faltará el aliento cuando veais tan terrible aparato.

— No, respondió Teresa: ya no hay cosa en el mundo que pueda espantarme. En otro tiempo era yo débil, tímida, y temblaba al menor ruido que oía de noche..... Pero ahora que he arrostrado la cólera del cielo y el desprecio del mundo, nada temo, y mi corazon es de bronce..... Yo veré sin conmovirme, y aun con placer, los preparativos del suplicio y las agonías de don Alonso; esta noche, la última que debe pasar en este mundo, quiero verle.

El tono con que pronunció estas palabras era el de haber abrazado una resolucion firme, inalterable, y cuanto mas procuraban los mendigos disuadirla de su pensamiento, con tanta mas tenacidad persistia en él.— Sí, contestaba á todas sus razones, iré, y vosotros me acompañareis.

Aquella misma noche á poco mas de las doce entró en la prision con Paco y Tobalillo. Iba vestida de negro, y cubierto el rostro con un velo espeso. Un silencio sepulcral reinaba en aquel lugar terrible en donde tantos infelices gemian separados del resto de los hombres por las barreras mas formidables que puede levantar la mano del hombre. Allí siempre hacia frio, y reinaba la oscuridad bajo las profundas bóvedas donde no se oían otros acentos que gemidos, ayes y maldiciones.

Caminaba Teresa apoyada en el brazo de Rosales, precedida de un llavero con una linterna en la mano, y despues de haber pasado por cinco puertas bien aberrojadas atravesaron un patio angosto, húmedo y oscuro como el fondo de un pozo, á pocos pasos del cual estaba la capilla donde, segun costumbre, el reo debía pasar la última noche de su vida auxiliado por los religiosos.

Las luces del altar despedian un vivo y pálido resplandor sobre aquella escena lúgubre. Varios capuchinos colocados de pie á un lado del altar rezaban los salmos penitenciales, en tanto que D. Alonso arrodillado en un reclinatorio, cubierto de negro, impassible, sin dar la mas leve muestra de temor ni angustia, aunque en

su rostro se veía la palidez de la muerte, repetía con labio trémulo las palabras que le dirigia un religioso en voz alta, mostrándole de tiempo en tiempo un crucifijo á alguna distancia, y en el último asiento del coro estaba un hombre inmóvil, cubierto el rostro con sus manos y guardando un tétrico silencio; mas el estremecimiento que se notaba en sus músculos denotaba las crueles angustias que padecía. Era el duque de Medina-Sidonia, que habiendo llegado á la corte aquel mismo dia, obtuvo por gracia especial el ver por última vez á su hijo y acompañarle en tan terrible vigilia.

Entró Teresa en la capilla con paso firme y acelerado; alzóse el velo con un movimiento convulsivo, y poniéndose delante del reo le dijo con voz débil: — D. Alonso, D. Alonso, ¿me conocéis?.....

Á tan inesperada aparicion se inclinó hácia atrás el desgraciado poseído de horror como si hubiese visto salir un espectro del sepulcro:

— ¡Teresa!..... exclamó.

— Sí, yo soy Teresa, respondió con voz reposada; veo que no me habeis olvidado. Mas ¿recordais tambien la noche que os seguí fiada de vuestra palabra?..... ¿os acordais de la iglesia de los dominicos?.... Estábamos como ahora al pie del altar; era como ahora á media noche, íbamos á unirnos por toda la vida, por toda una eternidad, y como esta noche llegó la hora de una separacion sin término. Pero entonces era yo la deshonrada entre los hombres, y condenada por mi familia; no tenia mas recurso que la muerte.... Mas he vivido para experimentar mayores tormentos que el suplicio que vais á sufrir: sin embargo he satisfecho mi venganza. Alonso, yo soy quien os ha entregado al rigor de las leyes; yo soy quien os envía al cadalso.....

En tanto que hablaba de esta manera habíanse acercado á ella los religiosos con una curiosidad mezclada de espanto. El anciano duque, que tambien habia conocido á Teresa, se levantó, y pudiendo apenas contener su furor dijo:

— Apartaos, desventurada: si lo que decís es cierto, permita el cielo que la sangre de mi hijo caiga sobre vuestra cabeza.

— Señor duque, respondió Teresa con calma y dignidad: no es esta la

vez primera que nos hemos visto. Yo me postré á vuestros pies en una ocasion rogándoos no me quitáseis lo que vale más que la vida.... el honor !.... ¡pero! fuísteis cruel, insensible : despreciásteis mis súplicas: creísteis, envanecido con vuestro poder, que era justo destruir la reputacion y la felicidad de una jóven débil y sin apoyo..... no tuvísteis piedad ni consideracion ninguna, me insultásteis y pusísteis el pie sobre mi garganta.... ¡Señor duque! soy hija de un noble español, y me he vengado.....

Hubo un momento de silencio. El duque habia vuelto á tomar su actitud inmóvil despedazado por los remordimientos que excitaban en su alma tan justas reconcenciones. Don Alonso, reanimado algun tanto por efecto de una emocion dolorosa, fijó sus extraviados ojos en la jóven, y dijo con voz débil:

— Teresa, cuando la muerte está cercana de los hombres, todas las pasiones se extinguen en su corazon, y no abriga sentimientos de amor ni de odio, sino los del arrepentimiento de los errores de su vida pasada, que le persiguen y asombran hasta el momento fatal. Vos, á quien tan pérfidamente he engañado, perdonadme, y rogad á Dios por mí.

Al oir estas palabras no pudo menos de conmoverse la jóven: sintió extinguirse su odio, y se horrorizó de su venganza. Un repentino arrepentimiento trajo á su memoria el tiempo feliz de sus antiguos amores: cayó de rodillas junto á D. Alonso y le estuvo contemplando con dolor. Era el que tanto habia amado, reconocia sus facciones, su noble semblante, y á vista de tan terribles agonías se acordó de las noches que habia pasado en su compañía en los bosquecillos de limoneros; noches de embriaguez y de felicidad en que veía postrado á sus pies á su amante. Creyó que por salvar á D. Alonso haria un sacrificio mayor que el de su vida; que depondria su odio, sus celos, su amor, en fin, que consentiria morir por él con la certidumbre de que iba á ser esposa feliz de su prometida.

— ¡Ay! exclamó en un acceso de desesperacion. ¡Era así como debia volverte á ver! Todos los padecimientos de mi vida no igualan al de esta noche fatal. Perdóname, Alonso, perdóname.

Pero él no la miraba: parecia ha-

berse olvidado que estaba allí, y fija la vista en el altar oraba con los religiosos. Los dos mendigos arrodillados oraban tambien con fervor, y examinaban con horror y lástima aquella escena dolorosa. Un débil rayo de esperanza acudió á reanimar el espíritu de doña Teresa: figurósele que el rey podria concederla la gracia de la vida de su amante, y esta idea no tardó en ser una conviccion: todo la hacia presagiar que la clemencia del soberano salvaria al culpable, pues de otro modo no habria consentido que el duque viniese á presenciar el suplicio de su hijo.

— ¡Dios mio! prorumpió Teresa herida de una súbita confianza: no, no debe morir.... el rey va á enviar el perdón.... ¡Dios mio, ¡haced que terminen pronto estas terribles angustias!. ... ¡Virgen Santa! apiadaos de nosotros: dignaos fijar vuestras misericordiosas miradas en los que con corazon contrito imploran vuestra asistencia.

Apoyó su ardorosa frente en ambas manos, y quedó sumergida en las mas tristes reflexiones, sin advertir que el resplandor de las luces se debilitaba, y que ya no oía recitar los salmos. En efecto, habia en aquel instante un gran movimiento en la capilla: dos religiosos se acercaron al duque, que tras pasado de dolor estaba insensible como un cadáver, y le sacaron por una puertecilla que daba á la sacristía. Los demas rodearon á D. Alonso, y salieron por otra puerta que conducia á una sala baja, separada por un estrecho corredor de la capilla. Teresa vió todas estas cosas como un sueño, pues las fuertes emociones que la habian agitado en tan terrible noche habian embotado su facultades. Al cabo de un rato Paco acudió á levantar á la dama: púsose en pie precipitadamente, y dirigió á todas partes su vista con asombro. Nadie habia en la capilla. Tobalillo, de pie en el umbral de la puerta por donde habia salido D. Alonso, alargaba la cabeza hácia el estrecho pasillo. En este momento la campana del reloj de la cárcel tocó las dos.

— ¡El rey le ha perdonado! prorumpió Teresa levantando sus manos al cielo: le ha hecho gracia !.....

— Sí, la de que no muera en un público cadalso, dijo Tobalillo pálido, y señalando con la mano la puerta de la sala que estaba abierta.

Teresa se acercó al corredor, y

fijando la vista en la sala, vió el cuerpo inanimado de D. Alonso que yacía en tierra. La clemencia del rey le aborrió el suplicio de una muerte infame, y el verdugo que debía decapitarle en público, tuvo órden de darle garrote en la prision.

Teresa apartó los ojos del cuerpo inmóvil de su amante; retrocedió instantáneamente dando un sordo gemido, y los dos mendigos la sacaron de allí sin que les opusiese la menor resistencia. Cuando estuvieron en la calle, Teresa empezó á andar sin la ayuda de nadie: parecia que una fuerza sobrenatural la daba aliento, pues caminaba aprésuradamente sin hablar ni volver atras la cabeza.

— ¡ Virgen Santa ! ¿ Dónde quereis ir , señora ? dijo Paco viendo que tomaba distinto camino del de su casa.

— A donde Dios me llama , Paco, respondió , y continuó marchando aceleradamente.

En vano los afligidos mendigos la hicieran vivas instancias para que les comunicase su pensamiento, pues parecia oírles y proseguia su camino en silencio. De esta manera salió de Madrid y se dirigió por el camino de Aranjuez. Entonces sus dos compañeros comprendieron su intento, y resolvieron no abandonarla. Durante la marcha se negó á tomar toda clase de alimento, sin descansar mas que algunos instantes en un viaje que solo era de algunas leguas, y en el cual empleó mas de veinte y cuatro horas por haber querido andar el camino á pie. A la mañana del segundo dia de su salida de Madrid llegó á la puerta del convento de S. Francisco en ocasion que se celebraba la misa, y en que, segun costumbre, estaba la puerta abierta. Entró Teresa en el templo, acercóse al altar mayor, y se arrodilló con el mayor recogimiento, imitándola Paco Rosales y su compañero. Al ver las religiosas que estaban en el coro una muger desconocida cubierto el rostro con un velo negro, se llenaron de asombro: mirábanla con curiosidad por entre la reja y deseaban saber quien era. Concluida la misa, á tiempo que el sacerdote iba á retirarse del altar, Teresa alzó el velo que la cubría el rostro, y se dirigió á la puerta reglar.

Un grito de sorpresa y de terror resonó en las bóvedas del templo: las religiosas cayeron con el rostro pegado á tierra creyendo que

era el alma de Sor S. Francisco de Asís que se las aparecía. El sacerdote se detuvo tambien aterrado en las gradas del altar, y empezó á rezar las oraciones de los exorcismos.

— Madre, dijo Teresa dirigiendo la palabra á la superiora. Dios me ha dejado en la tierra para que haga penitencia, y redima mi alma manchada con grandes pecados. Yo vuelvo aqui á cumplir con la expiacion que exige su justicia.

Al oír estas razones se acercó la superiora á la reja; presentó á Teresa la cruz de su rosario, que adoró postrada de rodillas. Un instante despues se abrió la puerta reglar; mas antes de pasar segunda vez por aquel umbral terrirle, la desventurada jóven se detuvo, y volviéndose hácia Tobalillo y Paco Rosales, les dijo presentándoles la mano. — A Dios, hermanos míos, á Dios. Volved á nuestra ciudad de Valencia, al clima feliz que no debo volver á ver, y rogad á Dios por mí los dias de vuestra vida.

Despidióse de ellos con una inclinacion de cabeza, y la puerta reglar la separó para siempre de la vista de sus dos compañeros, que tristes y anegados en llanto permanecieron algun tiempo en la iglesia orando. Aquella tarde salieron para Madrid, y desde allí fueron mendigando hasta Valencia. Todavía se les vió por muchos años en la puerta del templo de Ntra. Señora de los Desamparados, viviendo con las limosnas que les daban los fieles, porque lo que poseían lo emplearon en fundar una memoria de misas por el alma de D. Alonso de Guzman.

Teresa sufrió las rigurosas penitencias que las leyes monásticas imponen á las religiosas que violan sus votos: dos años eran pasados que ayunaba á pan y agua, sin otro vestido que un cilicio, al cabo de los cuales la encontraron un dia muerta en la estrecha tarima que la servia de lecho. FIN.

Esta novela es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su licencia.

E. responsable, M. CHARNI.

MADRID:

IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

HISTORIA DE FRANCIA Y EUROPA

MUNDO

HISTORIA

TODOS LOS PUEBLOS

DE LA ANTIGÜEDAD A NUESTROS DÍAS

DE LOS REYES

DE LOS REYES DE FRANCIA

DE LOS REYES

DE LOS REYES DE FRANCIA
DE LOS REYES DE FRANCIA
DE LOS REYES DE FRANCIA
DE LOS REYES DE FRANCIA

DE

DE LOS REYES

DE LOS REYES DE FRANCIA